

Presidente de la Xunta,
Presidente del Parlamento de Galicia,
Conselleiros,
Alcalde,
Autoridades,
Queridos socios, amigos, amigas,
Buenas noches a todos,

Un año más, nos convocamos para conmemorar nuestro aniversario y reconocer la labor de un empresario que prestigia a nuestra tierra y nos enorgullece a todos.

Este es mi último acto de aniversario como presidente del Círculo de Empresarios de Galicia, y es un honor estar ante ustedes para darles la bienvenida en un acontecimiento tan emotivo como esta efeméride.

Círculo cumple 31 años. 31 años de altibajos, trabajo y compromiso. Creo que ni siquiera los fundadores de aquel Club Financiero Vigo, encabezados por la familia Fernández-Alvariño, imaginaban que llegaríamos a desempeñar el papel que hoy juega el Círculo de Empresarios de Galicia. Un proyecto ilusionante al que algunos os sumasteis enseguida y que, pese a que el camino no fue fácil, ha sabido afrontar las graves crisis que hemos soportado todos.

Y esto ha sido posible gracias al esfuerzo de muchos: de quienes me han precedido en la presidencia y sus juntas directivas, de sus gerentes, su personal, pero, en especial de todos vosotros que, como socios, habéis permanecido fieles a esa idea de colectividad que caracterizó a esta organización desde sus inicios.

Sois vosotros, los socios, el principal valor de esta sociedad. De lo que somos y de lo que en el futuro seremos, vosotros sois/seréis los artífices.

A todos, gracias.

Es sobre todo en los momentos duros cuando debemos recordar que nuestra fortaleza está en la unidad.

Se avecinan tiempos de cambio y os animo, más que nunca, a utilizar esta casa, a participar, a formular propuestas, a buscar la unidad de acción.

Debemos seguir caminando hacia la vertebración de la sociedad civil, aportando un debate sereno de ideas. Reflexionando con sosiego, sin precipitarnos, pero sin temor a decir lo que hay que decir. Para esto está el Círculo.

Tiene razón Roberto Verino cuando dice que son más las cosas que nos unen que las que nos separan.

... Pero no le hemos concedido la Medalla por eso.

De Roberto Verino salta a la vista su orgullo de pertenencia, su orgullo de niño de pueblo, que pasea por el mundo presumiendo de un apodo que convirtió en apellido para hacer universal su localidad de origen, Verín. Y, con ello, a Galicia.

Empresario a la fuerza (dice él), goza de la visión estratégica de los grandes empresarios, y podemos decir que ha sido, es y seguirá siendo un gran visionario y, sin duda, un precursor.

No de otra manera puede entenderse su manera de concebir el buen hacer en el sector textil. Consciente del gran impacto de esta actividad, actuó siempre con criterios de sostenibilidad que pueden resumirse en lo que él llama ‘armarios emocionales’, que transgreden el tiempo; en su apología por el lino o por tejidos naturales, o por el alquiler de ropa.

Y no de otra manera puede definirse su apuesta por el rural desde hace más de cuarenta años, luchando ya entonces sin saberlo contra la España vaciada.

Tercero de seis hermanos, vino al mundo en 1945 como Manuel Roberto Mariño en Verín, donde su padre regentaba una tienda de ropa.

El orgullo de pueblo se lo debe a Viriato, porque allí nació el caudillo lusitano, según les explicaba un viejo maestro.

La vocación de eterna juventud se la debe a su abuela Aurora que falleció a los 98 años. Verino trabajará hasta los 98, se tomará un año sabático, y después ya veremos... Una mujer con talento y talante doña Aurora, igual que su madre, dos referentes inevitables en su vida.

Su marcha a París para estudiar Bellas Artes se la debe a su profesora de francés cuando estudiaba Peritaje Mercantil. Madame Valentina le inculcó la idea de que en la Ciudad de la Luz lo esperaba su oportunidad. Y también se la debe a una empresa de moda francesa que reclutaba personas para dibujar, para la que trabajó siendo un chaval.

Su decisión de hacer algo por su tierra se la debe a una imagen en la estación de Austerlitz. Tenía 17 años, pero nunca ha olvidado el trato que, mientras él bajaba del tren, recibió un grupo de emigrantes españoles con maletas de madera. Esa imagen le cambió la vida en un momento en el que su vida estaba cambiando, y supo entonces que haría todo lo posible para evitar que personas de su entorno más cercano tuvieran que marchar y enfrentarse a una situación como aquella.

Manuel Roberto Mariño se convirtió en Roberto Verino en París, para sacar a flote el orgullo de procedencia.

En París vivió los momentos más críticos de una sociedad que se estaba rebelando, y tuvo cerca a los maestros franceses que dieron el salto de la alta costura al pret-à-porter. Yves Saint Laurent, Balenciaga, Dior, Coco Chanel, Giorgio Armani, capitalizaron de forma inteligente los cambios sociales para vestir a la mujer de una forma más funcional. Y Roberto Verino estaba allí.

Comenzó a trabajar para una firma gala, Billy Bonny, y convenció a la empresa para que le permitieran producir en España. Regresó en, 1969 a Verín y, con el apoyo de su padre y sus hermanos José Luis y Miguel, puso en marcha el proyecto, que les permitiría ofrecer al consumidor español un producto para esa inmensa minoría a la que, desde 1982, año en que abandonó la empresa francesa, ha enfocado sus colecciones.

No sin dificultades: entre ellas, la carencia de comunicaciones fluidas con el centro de España.

Ese mismo año lanzó su primera colección y, al siguiente, abrió su primera tienda en París. Se convirtió, sin pensarlo, en empresario y se hizo cargo del negocio familiar de confección. En 1984 desfiló por primera vez en la entonces Pasarela Cibeles y un año después presentó en París una colección diseñada con el pintor Xaime Quesada.

Abanderó con Adolfo Domínguez los años dorados de la moda gallega de los ochenta, década en la que comenzó a vender sus colecciones en la boutique internacional del Corte Inglés, y poco después abrió su propia tienda en Madrid y lanzaba su primer perfume femenino.

Los reconocimientos no tardaron en llegar. La T de Telva en 1991, 1994 y 1995; la Aguja de Oro en 1992, el máximo galardón de la prensa especializada al mejor creador internacional; la Medalla Castelao, en 1996, año en que funda su bodega Gargalo. Su primera colección para hombre. La presentación de su colección en el teatro Bolshoi de Moscú. La selección de una de sus fragancias

para las Colecciones del Museo del Louvre. La colección Celta para Cerámica Saloni. La Vieira de Plata. La Medalla de Oro de las Bellas Artes. Su ingreso en la Real Academia Gallega de Bellas Artes, etcétera.

Fundador de la Asociación de Creadores de Moda de España, con Jesús del Pozo, Pernas, Schlessner y Lomba, su proyecto de expansión internacional se consolida en 2005 en México.

Con un equipo de más de 400 personas, 180 puntos de venta, una tienda online que crece en relevancia, presencia en Portugal y México, continúa su proceso de expansión. Con más de cuarenta años de actividad a sus espaldas, su plan estratégico está fijado en cumplir otros cuarenta años.

Crítico con la pasarela de la calle, para la que aspira que un día sea una pasarela de verdad y la gente vaya bien vestida; crítico con las tendencias que disfrazan a las personas; cree que la moda no es arte, sino cultura. Convencido de que las colecciones pertenecen a quienes las visten, defiende que la moda no debe ser un gasto sino una inversión.

Roberto Verino guarda en su vestidor un chaquetón que heredó de su padre. Quizá sea el origen de lo que él llama armario emocional, esos que, cuando los abres, te traen recuerdos de las personas con las que has compartido historias, trascienden el tiempo y de los que las hijas robarán prendas a las madres.

Hay ausencias en su vida, pero Roberto Verino está bien arropado por su familia y sus amigos, con los que disfrutaba viajando en velero. “No solo se viaja sobre las olas, sino también por dentro”, dice este David Viriato que se enfrentó al Goliath romano asentado en las grandes capitales de la moda.

Viajero impenitente, siempre joven innovador, tan enamorado de su trabajo que casi lo considera un hobby, si Roberto Verino se retira alguna vez lo encontraréis entre sus viñedos de Monterrei, dedicado a sus uvas.

Si se retira alguna vez...

Roberto Verino, enhorabuena.